

entre las numerosas contribuciones reunidas. Maihold menciona con fruición conceptos de moda como *smart power*, *global challenges* y *soft power* (362), pero no explica sus nexos con la democracia latinoamericana. Su contribución se refiere exclusivamente al problema de cómo acrecentar la relevancia económica y política de Alemania en el mundo actual y cómo convertir sus relaciones exteriores en un instrumento más adecuado y exitoso.

En el libro se hallan algunos aportes brillantes, como el de la historiadora argentina Raquel Gil Montero consagrado a la tecnología minera en los siglos XVI a XIX (305-326). Este estudio, muy técnico y mejor documentado, analiza las tecnologías mineras en México y el Alto Perú durante la época colonial española, especialmente la segunda mitad del siglo XVIII. La autora pone de relieve la importancia de las primeras misiones técnicas extranjeras en la América hispana (mayormente conformadas por expertos mineros alemanes), los enormes problemas de transportes y comunicaciones y el rol de la población aborigen.

Igualmente interesante es el ensayo del historiador brasileño Oldimar Cardoso sobre las revistas de divulgación historiográfica en su país y sobre los libros escolares de temática histórica (327-341). Cardoso muestra la reiteración de prejuicios y lugares comunes bajo el manto de novedades metodológicas e ideas progresistas. Sobre todo el *fashionable nonsense* (330) de proveniencia posmodernista permitiría la elaboración de tesis de mínima importancia y la expansión de teorías de dudosa coherencia como si fueran notables novedades científicas. Muy instructivo resulta el aporte de María Carolina Agoff sobre la situación actual de la mujer en México (187-201). La autora argumenta que nuevos derechos y, en general, una legislación progresista, no garantizan el surgimiento de nexos razonables entre hombres y mujeres en su país. El

Klaus Bodemer (ed.): *Cultura, sociedad y democracia en América Latina. Aportes para un debate interdisciplinario*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert (Bibliotheca Ibero-Americana, 148) 2012. 386 páginas.

Muchos de los contribuyentes de este compendio son distinguidos científicos sociales, juristas e historiadores latinoamericanos, cuyos ensayos serían importantes e interesantes en otro contexto mejor organizado. Tanto la introducción del compilador Klaus Bodemer (7-16) como el epílogo de Günther Maihold (359-381) no dan luces sobre el impulso estructurante del libro ni tampoco muestran la posible vinculación

derecho a una “vida libre de violencia como espacio de auto-identificación” (187) tiene todavía un largo camino por adelante.

Un buen número de las contribuciones de este volumen cultiva, las modas teóricas del momento, que en América Latina prescriben una combinación de vagas ilusiones socialistas con algo de investigación empírico-documental y con mucha discusión de doctrinas deconstruccionistas y relativistas. La posible consolidación de la democracia en visión comparativa (19-42), los agronegocios en la Argentina (63-83), la estética callejera en México (137-157), los estudios de género en Brasil (251-270), la ensayística latinoamericana (271-284) y otros temas dispersos exhiben la mencionada mixtura metodológica, que contribuye solo tangencialmente a esclarecer las temáticas tratadas. En este sentido es emblemático el texto de Miguel A. García sobre las músicas de Tierra del Fuego (285-301). El artículo no permite al lector formarse una idea clara sobre el objeto estudiado, pero las pretensiones emancipatorias del autor y sus conocimientos sobre las últimas novedades teórico-metodológicas. Miguel A. García nos repite que “Cada lenguaje es un método”, que “contemplar es crear” y otras generalidades altisonantes (287), que siempre caen bien y no dicen nada específico.

*H. C. F. Mansilla
(Bolivia)*

Rachel Sarah O’Toole: *Bound Lives, Africans, Indians, And The Making Of Race In Colonial Peru*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press 2012. 257 páginas.

¿Cómo se hizo “negra” la población de origen africano e “india”, la indígena, a lo largo del siglo XVII? Tal es la interrogación

inicial que articula este excelente libro, utilizando como terreno de investigación los valles de la costa norte peruana, de Lambayeque a Trujillo, en los que desde fecha muy temprana las nuevas estructuras coloniales tuvieron como consecuencia el surgimiento de una sociedad en la que estaban representados, a la vez separados e íntimamente mezclados, los tres componentes blanco, negro e indio.

En principio, desde un punto de vista legal, la situación de los dos grupos dominados estaba bien definida, enmarcada, y asimismo bien delimitadas sus posibles relaciones. Yuxtaponiendo y comparando discursos oficiales y prácticas diarias gracias a un imponente y cuidadoso trabajo archivístico, la autora muestra cómo las posiciones respectivas de negros e indios distaban mucho de estar inscritas en una organización jerárquica estática, fija para siempre. Por una parte, se insertaban en el sistema organizado por el poder colonial, utilizaban los términos y las características del sistema de *castas*, para gozar de las eventuales protecciones que podía implicar. Por otra parte, sin embargo, esto no significaba que se autoconcebieran únicamente en él y a partir de él.

La *casta* era la expresión de una construcción colonial de diferenciación y de inserción en una red compleja de relaciones de poder, inicialmente y en el fondo en beneficio de solo los privilegiados. Si bien fungía en no pocos aspectos como el concepto de raza, en la práctica no articulaba una jerarquía racial rígida. El libro lo demuestra de manera convincente y con muchos ejemplos muy significativos, a través de las relaciones que mantuvieron tanto negros, esclavos o no, e indios en la vida cotidiana y en las huellas que han dejado en la abundante documentación judicial todavía disponible. Es muy reveladora la propia utilización que entonces hacían de las categorías del sistema de